

pronto, presenciará Panuco lo más horrible de las hecatombes.

Nazatcotlan envió un emisario á Francisco de Garay, exigiéndole que diese una orden al jefe de la pequeña escuadra para que se retirase.

Garay y Barbadillo celebraron aquella ocasion que les deparaba la fortuna para ponerse en comunicacion con sus compañeros, y aprovechándose de la ignorancia de los de Panuco respecto á la escritura, en vez de la orden que se les exigia, enviaron una carta confidencial á sus amigos, diciéndoles que se alejasen algo de la costa, que hiciesen una falsa evolucion, que ellos eran objeto de las mayores consideraciones por parte del cacique, que le inspiraban confianza, y que por lo tanto creian fácil encontrar el medio de poder evadirse en dias no lejanos.

Los emisarios llevaron á Nazatcotlan el pliego que le entregó Francisco de Garay, y el cacique á su vez lo mandó al jefe de la pequeña escuadra de los españoles.

La alegría de los de Panuco no tuvo límites al ver que los extranjeros se alejaban de su territorio.

La tranquilidad volvió á renacer en todos los corazones, y Nazatcotlan aumentó su aprecio hácia sus prisioneros por la prontitud y la eficacia con que se habian aprestado á obedecer sus órdenes.

Una circunstancia, al parecer insignificante, hizo creer á los cautivos que el dia de su evasion habia llegado.

Capítulo LVI.

Esperanzas frustradas.

Conservaba Francisco de Garay en su poder un precioso relicario, que al despedirse le habia dado su mujer.

Tenia en el centro una preciosa imágen de la Concepcion, y se hallaba adornado todo al rededor de perlas y otras piedras preciosas artística y felizmente combinadas.

Más de una vez habia llamado la atencion del encargado de llevar la comida á los presos tan preciosa joya, en nada parecida á todas las que hasta entonces habia visto, y los españoles formularon un proyecto, que indudablemente les proporcionaria los medios de evadirse.

No habia un solo dia que Francisco de Garay no

exhibiese ante los codiciosos ojos del indio la imagen de la Inmaculada.

El indígena decia que daria todos los tesoros del mundo por poseerla, y Barbadillo, aprovechándose del deseo manifestando por el indio, comenzó á poner en práctica el plan que habia concebido.

—Nada más fácil para tí,—le dijo,—que poseer esa joya; pero su valor es tanto, que seria preciso te hicieses digno por tu comportamiento á que te la regalásemos.

—Haria cuanto me ordenáseis para obtenerla.

Barbadillo, que no se paraba en escrúpulos en la situacion crítica en que se encontraban, añadió:

—Has de tener en cuenta que el que posee ese talisman es inmortal, y por lo tanto, puedes suponer el aprecio en que tenemos su posesion.

El indio codició más y más desde entonces el precioso relicario.

—No nos desprenderíamos nunca de tan precioso objeto, si no contáramos con la facilidad de poder reemplazarle; pero para esto necesitamos tu ayuda.

Un rayo de alegría brilló en los ojos del calabocero.

—¿Y qué tengo que hacer para eso?—preguntó.

Una cosa muy sencilla. Busca una canoa, amárrala á la orilla, y cuando hayas verificado esto, vienes á la prision, nos facilitas la salida, te damos la joya, vamos á reunirnos con nuestros compañeros, que tienen muchas y más vistosas que esa, recogemos unas cuantas, y nos volvemos aquí antes de ama-

necer para que no se note nuestra ausencia y sufras por nuestra causa.

Vaciló un instante el indio ante la proposicion de Barbadillo.

Su avaricia le aconsejaba que adquiriese aquella joya.

Despues de sostener esta lucha, dando oidos á sus deseos:

—Mañana por la noche estará todo preparado,—dijo.

Un instante despues abandonó el calabozo, y los prisioneros se entregaron á las más dulces esperanzas.

Aquella noche la pasaron en hacer mil proyectos sobre su porvenir, y comprendiendo Barbadillo que Francisco de Garay podría ayudar en sus propósitos á Catalina, por la que se interesaba vivamente don Lope, refirió al capitán español los pormenores de su historia, y el bizarro caudillo le ofreció dispensarle toda su proteccion.

Veia Francisco de Garay en Catalina un poderoso auxiliar para apartar á Cortés de la conquista de Méjico, y desde aquel instante empezó á buscar en su imaginacion los medios de debilitar al ilustre conquistador, aunque sin hacerle ostensiblemente la guerra.

Catalina le refirió detalladamente los muchos sufrimientos que habia tenido en casa de los padres de su esposo, las causas que le habian obligado á abandonarla, sus padecimientos por la muerte de su hijo, no

ocultándole lo herido que se hallaba su amor propio como esposa y como mujer, porque sabia que Hernan Cortés, olvidándose de sus juramentos, de la fidelidad que le debia, sostenia relaciones con otra mujer y se hallaba completamente subyugado por ella.

—Si yo lograra llegar hasta donde se halla, sorprenderle al lado de esa mujer que le ha fascinado y clavar un puñal en su pecho, no me importaria morir despues. ¿Qué es la vida para una pobre mujer que se vé abandonada de su esposo por una aventurera; qué es la vida para una infeliz madre que ha visto espirar en sus brazos, estenuado por el hambre, al fruto de su amor?

Garay y Barbadillo procuraron consolar á la infortunada Catalina, y el resto del dia le pasaron impacientes, deseando llegase la noche, que representaba para ellos el momento de romper sus cadenas.

La hora en que acostumbraba á ir todas las noches el carcelero habia llegado, y sin embargo, no se presentaba este.

La angustia de los prisioneros era indecible.

¿Habria comunicado sus proyectos á Nazatcotlan, y meditaria este vengarse de su audacia, condenándoles á morir de hambre?

¿Se habria arrepentido el carcelero de lo ofrecido, y temeria presentarse por miedo de arrostrar las consecuencias de su ira?

¿Algun incidente imprevisto habria hecho fracasar

los preparativos que se habia comprometido á hacer el codicioso indio?

Estos temores, estas zozobras, estas dudas mortificaban á los prisioneros, que casi desesperaban ya de conseguir lo que momentos antes creian seguro.

El resplandor de la luz que iluminó débilmente la estancia les hizo adivinar que se aproximaba alguno á su prision.

La duda y la esperanza agitaban su pecho.

¿Seria Nazatcotlan, que sabedor de sus designios, venia á notificarles que habia llegado su última hora, y que iban á ser trasladados al teocali para ser sacrificados en aras de los dioses?

Por el contrario, ¿seria su salvador, que acudia á proporcionarles la libertad y á exigir en cambio el premio prometido?

La puerta se abrió, y un nuevo carcelero entró con las provisiones de costumbre.

Un grito de dolor, porque representaba una ilusion perdida, salió de los labios de los tres prisioneros.

Dominándose Barbadillo:

—¿Y vuestro compañero,—le dijo,—cómo no viene esta noche segun costumbre?

—Percances de la vida,—dijo su interlocutor. Andaba paseando hace poco por los alrededores del palacio, la noche estaba oscura, y uno de los centinelas, al ver un bulto que se aproximaba á él, creyendo que seria algun espía de los españoles, le disparó un flechazo que le atravesó el corazon. Nazatcotlan, al sa-

ber el suceso, me ordenó que le relevase, y esta es la causa de que yo me encuentre aquí en estos momentos.

Y así diciendo, salió de la habitación, dejando á los prisioneros abandonados á su dolor.

Capítulo LVII.

Una sorpresa agradable.

Tres dias habian trascurrido desde los sucesos que acabamos de referir á nuestros lectores, y los prisioneros de Nazatcolan se hallaban sumidos en la mayor desesperacion, porque veian lo imposible de poner término á sus sufrimientos.

Catalina especialmente exclamaba:

—No me importa morir. Lo que siento es no poder cumplir la mision que me habia traído á estas léjanas tierras.

Francisco de Garay trataba de tranquilizarla, por que como ya hemos dicho, veia en la esposa de Cortés un poderoso auxiliar para sus ambiciosos proyectos.

Barbadillo, á pesar de su serenidad proverbial,